cartilla #4

Somos nuestros MITOS y ESPANTOS

escuela virtual
HISTORIAS EN YO MAYOR

Organizan

Fundación Saldarriaga Concha

Fundación Fahrenheit 451

En alianza con

EL TIEMPO

DESARROLLO
de la guía

Hola, soy Aura. Acompáñame para que continuemos este emocionante viaje a través de tu propia creatividad.

Esta cuarta oscura, siniestra, fantasmagórica y tenebrosa semana la dedicaremos a esas historias que, de solo recordarlas, nos hacen temblar (y no de frío precisamente). Te damos la bienvenida a este apasionante viaje al mundo de lo desconocido, de lo improbable… del más allá. Y es que todos, sin excepción, en algún punto de nuestra vida nos hemos llevado, al menos, un gran susto. Ese sonido de pasos tras de ti cuando nadie te seguía, la certeza de sentirte observado en la madrugada, los sonidos de llanto y alaridos que no podemos explicar, esos destellos misteriosos de luz en el firmamento, de todo esto hablaremos a lo largo de la semana.

Las historias de miedo, los espantos y las leyendas hacen parte del ADN de Colombia: La Pata Sola, El Mohán, la Llorona y su séquito de fantasmas se ponen su mejor traje cuando cae la noche.

A continuación, encontrarás una recopilación de cuentos, videos, tips y ejercicios para que puedas poner a volar tu imaginación.

Durante la infancia, es común que los niños hablen del tradicional amigo imaginario, un misterioso ser que no pueden ver los adultos y al que se le hace responsable de las más misteriosas situaciones. Pero ¿qué hacer si ese amigo imaginario pasa repentinamente a convertirse en un auténtico enemigo? Con tan solo seis años y bajo el influjo de esta particular amistad, Luz Amanda Castrillón terminó encaramada en una piedra gigante de la que solo pudo bajar con ayuda de los bomberos; ¿existió o no este extraño personaje? Lo curioso es que jamás regresó. Haz click en la imagen para ver el video.

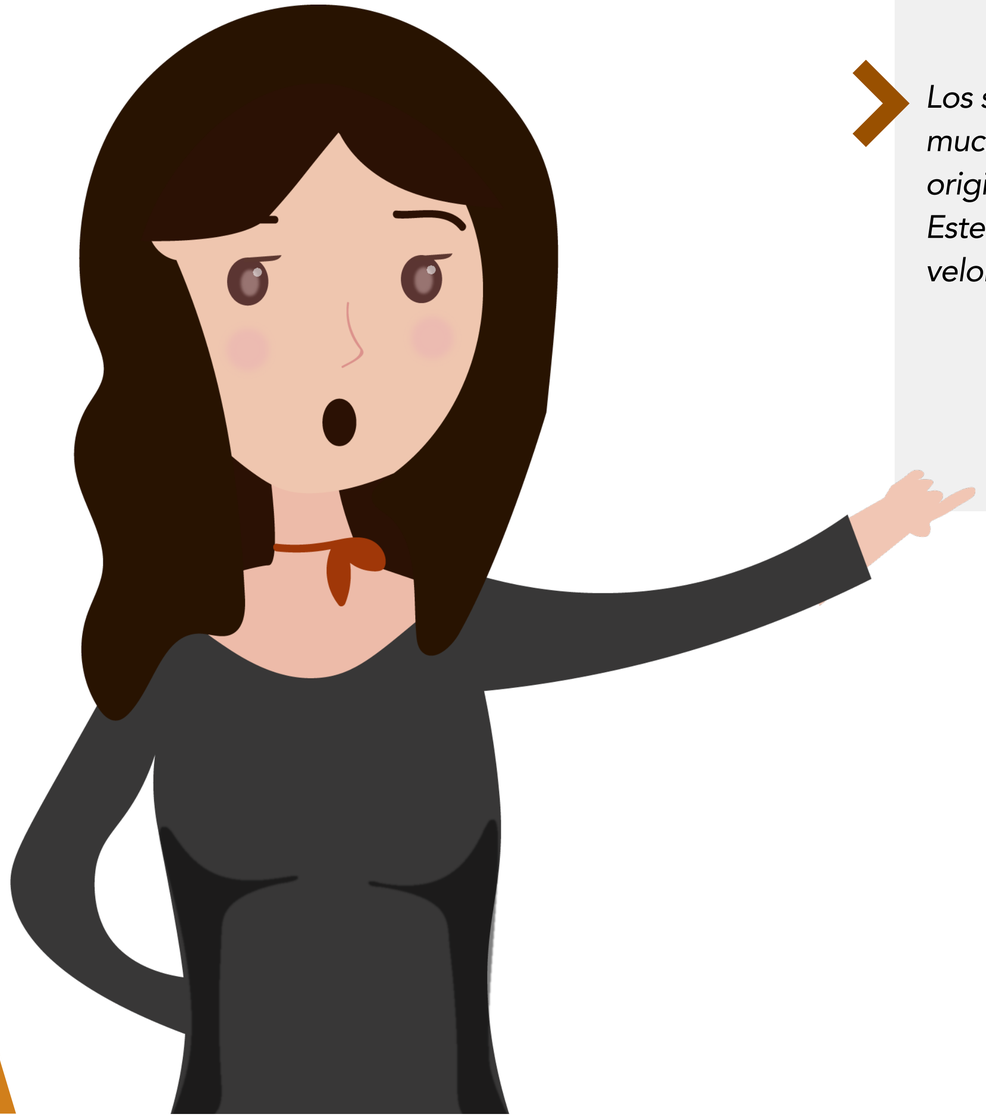
video 1

Mi primer gran amigo

por Luz Amanda Castrillón

Luz Amanda Castrillón recuerda un pequeño amigo que conoció en su infancia y que nadie podía ver.

¿Tuviste o conociste a alguien que tuviera un amigo imaginario?



Los sueños son un canal de comunicación con lo desconocido. En muchas regiones del país y en la cultura de nuestros pueblos originarios, se dice, alcanzan a tener un enorme valor profético. Este es el caso de Elba Cecilia Parra, quien terminó asistiendo a un velorio inesperado guiada por los encantos de Morfeo.

cuento 1

Un sueño hecho realidad

por Elba Cecilia Parra

Una noche soñé que estaba caminando en medio de una carretera rural con una persona. No sabía quién era, pero tenía la sensación de que la conocía de antes, cuando, de repente, se escuchó un disparo y la persona que me acompañaba cayó muerta. De su frente salía mucha sangre. Entonces yo en medio de mi desespero me sentí afortunada de que no hubiese sido yo la muerta; me miraba por todo el cuerpo pensando que también estaba herida. Me desperté muy asustada y durante todo el día no pude sacarme el sueño de mi cabeza. Estando en el trabajo seguía inquieta sin saber por qué.

De repente llegaron mis hijas con una noticia: la muerte del papá de mi esposo quien vivía en un pueblo alejado y no tenía más familia que nosotros. Inmediatamente pedí permiso, alisté las maletas y a mis hijas y salí para aquel pueblo a enterrar a mi suegro.

Desde que llegamos a la terminal había malos presagios con el viaje. Algunas personas decidieron no viajar porque la región estaba insegura; en otra parte del recorrido paraban el bus y hacían bajar a algunos pasajeros en medio de gritos. Yo sola con mis hijas pequeñas, con un miedo terrible, solamente orando y convencida de que tenía que llegar a ese pueblo como fuera. Todo el viaje fue una odisea: los problemas de seguridad, los retenes militares, el bus que no andaba y se varaba haciendo más tortuoso el viaje y, además, llovía a torrenciales. Pasando el río se abrió una de las bodegas y se cayó una maleta que resultó ser la mía. Afortunadamente un campesino en bicicleta le avisó al conductor y la pudimos recuperar.

En medio de la noche el bus se varó y nos tocó esperar muchas horas para ver si aparecía un carro para llevarnos. Cuando ya perdíamos las esperanzas llegó un carro pequeño y nos empezó a transportar por grupos y a dejarnos en medio de la carretera para poder entrar todos juntos al pueblo.

Esperando en aquel lugar recordé el sueño; el lugar era exacto, lo único diferente es que había muchas personas. De repente empezaron a caer piedras de todos lados. Nunca supe si era algún grupo armado o algunos campesinos molestándonos. Los niños estaban asustados, y, para tranquilizarlos, se me ocurrió decirles que eran frutos de un árbol.

Por fin llegamos al sitio donde se encontraba mi suegro muerto. El ataúd estaba sellado, por eso nunca vimos el cadáver. Todo el día lo pasamos velando al difunto y llegó el momento de llevarlo al cementerio. Cuando unas personas nos preguntaron quiénes éramos nosotros, les respondí que era la esposa del hijo.

Para todos fue una sorpresa darnos cuenta que este señor no tenía hijos. Pregunté más y nos dimos cuenta de que había dos muertos en el pueblo que se llamaban igual, Absalón Triana.

Absalón Triana, mi suegro, había muerto por el golpe de una vaca, y el otro Absalón Triana, el desconocido, había muerto de un tiro en la frente en medio de una carretera. Aún no salgo de mi sorpresa al pensar en esta historia llena de casualidades: una persona que no conocía se metió en mi sueño e hizo que lo despidiera en su tumba.

En "Un sueño hecho realidad", Elba Cecilia Parra cuenta la historia de un sueño premonitorio.

¿Recuerdas algún sueño o pesadilla que te haya marcado?

Desde Ventaquemada, una pequeña vereda ubicada en Boyacá, Bárbara Porras de Torres nos cuenta la historia de un limosnero valiente que salió de la pobreza tras luchar contra un espectro descuartizado. Haz click en la imagen para ver el video.

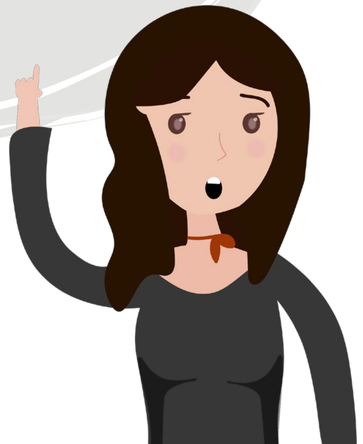
video 2

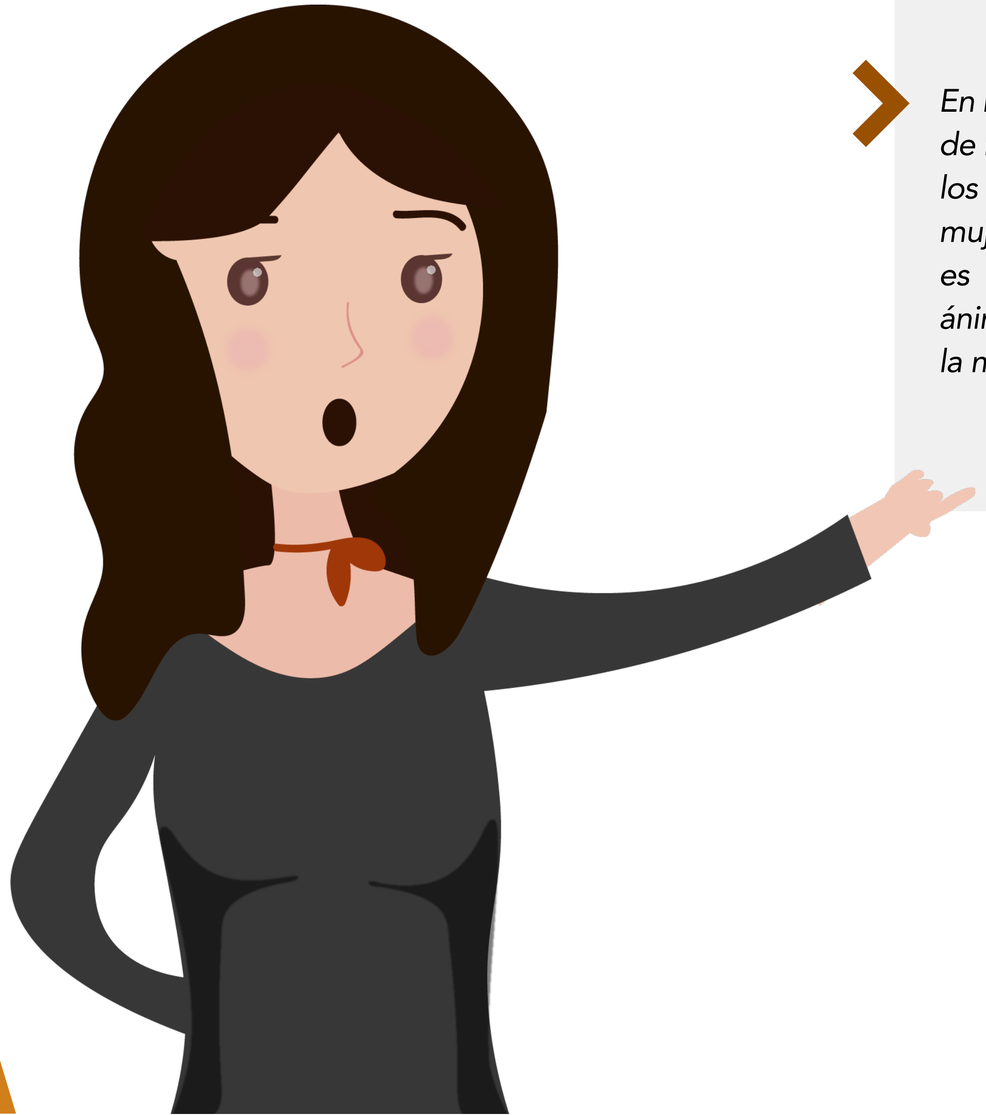
Los limosneritos de Ventaquemada

por Bárbara Porras

Bárbara Porras comparte una historia tradicional de su pueblo en la que un espectro anuncia la existencia de una guaca.

¿Existen mitos o leyendas en tu región?





En muchas regiones de nuestro país son recurrentes las historias de las ánimas del purgatorio, entidades errantes que socorren a los desamparados y protegen, en ocasiones, a los hombres y mujeres de corazón puro. El siguiente relato, de Hernán Pérez, es un ejemplo concreto de ese espíritu benefactor de las ánimas, un bus repleto de solidaridad que quedará grabado en la memoria de quien lea esta historia.

cuento 2

Ánimas Meas

por Hernán Pérez

Eran las cinco de la tarde de un viernes. En el bar "El Caliche", los parroquianos reían entre chistes y bromas que amenizaban con cerveza y aguardiente. Algunos, como era costumbre, jugaban en mesas de billar Champion que mi padre había importado de Europa. Sin embargo, a pesar de las risas nerviosas y los chistes flojos contra el gobierno, en la atmósfera soporífera de esa tarde, flotaba una sombra de presagios. El aire inmóvil desde muy temprano se había enrarecido.

Los 'pájaros' irrumpieron en el salón atiborrado y comenzaron a disparar. Usando escopetas de fisto y machetes fueron matando a todos los presentes.
Era una masacre anunciada, pues los rumores, de que allí se reunían los 'cachiporros' a conspirar contra el gobierno con mi padre a la cabeza, se había presagiado como todo lo que venía sucediendo en el pueblo.

Mi padre por designio de la casualidad fue avisado cinco minutos antes de la hora fatal:

—Señor, su mujer fue llevada a parir de urgencias al hospital.
—¡Ánimas del purgatorio, sálvalos a ella y a mi hijo! —gritó mi padre y salió despavorido del cafetín de putas y parroquianos del que era propietario.
De no ser por el carrerón, estuvo a punto de toparse de frente con los 'pájaros', que al grito de ¡Abajo los cachiporros, viva Cristo rey!, descargaron sus armas y sus machetes, dejando viudas y huérfanos por doquier.

A la hora malhadada, mis hermanos y yo nos encontrábamos refugiados en una casona cerca del pueblo, preparados para, en cualquier momento, salir y escapar de las amenazas de muerte a mi padre. Tan solo un año atrás había sido despedido del ferrocarril del Pacífico por liberal. Fue uno de los primeros maquinistas de locomotoras pagadas con los dólares que los gringos dieron al gobierno como compensación por la toma de Panamá.

Mi madre y mi hermano murieron en el parto. Derrumbado por tantas veleidades, mi padre estuvo a punto de perder su fe de católico, pero siempre conservó ante todo su devoción por esa imagen atormentada de las Ánimas. En las noches, al acostarnos, nos decía:

—Encomiéndense a las benditas Ánimas del purgatorio, porque Dios nos ha abandonado.

Desde el día en que mi padre había escapado de la masacre, se corrió la voz en los pueblos vecinos de que uno de los sentenciados había logrado evadir la muerte. La cacería se reinició y hasta la policía politizada atizaba las llamas de la violencia.

La matrona que había atendido los cinco partos de mi madre llamó desde Yumbo y, en la bocina de la oficina de teléfonos, se le oyó gritar:

—Compadre, la vaina se va a poner bien fea, es mejor —le dijo con voz apremiante— que ustedes salgan de allí. En verdad, compadre, que la cosa se va a poner fea, más fea de lo que está —le increpó a mi padre.

Los días siguientes trataba mi padre de alistar la vieja camioneta Willis roja, que en otras épocas le ayudó en el comercio de mercancías que llegaban importadas al país: paños ingleses, sedas italianas, perfumes de París y hasta esencias orientales. Él siempre fue un luchador incansable. Conoció a mi madre en una de las tantas ferias de pueblo y, para conquistarla, aprendió sastrería. En el Valle les cosía a los ricos que, por esa época, eran escasos, pero pagaban con morrocotas de oro. Cosió para ella su vestido de quince años, a los dieciséis se casaron a escondidas y se escaparon huyendo de la ira del suegro en un bergantín de contrabandistas desde el puerto de Buenaventura. Al regreso, y con los ánimos ya calmados, se metió en tantos oficios que mi madre apenas podía creerlo. Fue con el doctor Halish Mendieta, mi padrino, fundador de la Asociación de Homeopatía. Años después, fue autodidacta de contaduría y hasta él mismo llevaba sus libros de cuentas y gestionaba sus aportes al fisco, hasta que le dio por ser maquinista de ferrocarril y ahí empezaron las desgracias.

El compadre Nemesio apresuró el café de las cuatro de la mañana acompañado como siempre de un aguardiente blanco:

—Compadre —dijo grave y consternado—, viene en trenes la chusma enfurecida, porque se cayó el gobierno.

Mi padre había pedido protección para la familia ante el alcalde de un pueblo vecino:

En "Animas meas", Hernán Pérez cuenta la historia de un rescate espectral.

¿Te encontraste alguna vez con algo que no sabes cómo explicar?

—Señor —le respondió el alcalde—, no podemos garantizar la seguridad que reclama, pues usted bien sabe que, a pesar de las promesas del gobierno de que no habrá más masacres perpetradas por paramilitares, le aconsejo que tenga mucho cuidado y traslade a su familia a un lugar donde no tenga problemas —la voz del alcalde se oyó carraspeada de aguardiente y tabaco.

Desde hacía un mes no paraba de llover y el río del pueblo, hecho un tremedal desbordado, inundaba las sabanas, entorpecido por escombros de lodo y muertos sin ropa, decapitados y que, henchidos, eran picoteados por los gallinazos. Nos acomodamos en la Willis con lo mínimo de pertenencias y salimos del pueblo con rumbo incierto, bajo un cielo de mármol que acababa de apagarse.

—Encomiéndense a las benditas Ánimas —atinó a decirnos mi padre.
El camino era muy fiero, maltrecho y el barro arrastraba piedras sobre lo que parecía una trocha de antiguos colonos. Con pericia sorteó los primeros tramos. Al instante de esquivar una vaca varada en el lodazal, vio a través del espejo que un vehículo nos seguía:

—¡Son ellos, carajo! —gritó mi padre— Agáchense todos —y todos, agazapados, nos abrazamos en el asiento trasero.

Aligeró la marcha, pero un tronco de encina derribado hizo que diera un giro brusco y rodamos por un precipicio como de cien metros.

—¡Silencio! —gritó mi padre ante el chillido de espanto y miedo que nos invadía en medio de la oscuridad; apagó las luces de la Willis y esperamos enmudecidos. El vehículo apareció minutos más tarde y se detuvo, como adivinando dónde habíamos caído. Se bajaron algunas personas, por sus voces supusimos que eran hombre, bajaron por la pendiente donde una empalizada había detenido la Willis.
—Señor, ¿están bien? —preguntó el primero en llegar— No se preocupe, señor, los vamos a sacar —un silencio helado reinó durante un rato, luego oímos voces de hombres que discutían, cuando de pronto sentimos que enganchaban la camioneta y gritaban;
—¡Ya está lista, jalen! —y nos sacaron a la orilla de la carretera, jalados por un bus lleno de hombres y mujeres.

Un señor de barbas blancas como nieve se acercó y dijo a mi padre:
—Tranquilos, cálmense que ya están a salvo.
—Gracias, mil gracias —balbuceó mi padre sin salir aún del estupor y del miedo.

—Sigan adelante, nosotros los seguimos por si se presenta alguna avería —escuchamos decir.
—¡Está bien! —respondió mi padre— Iremos despacio, pero los esperamos en el próximo pueblo para brindarles algo.
—Siga usted —dijo el señor de barbas de nieve y sus ojos claros brillaron en la penumbra de la noche.

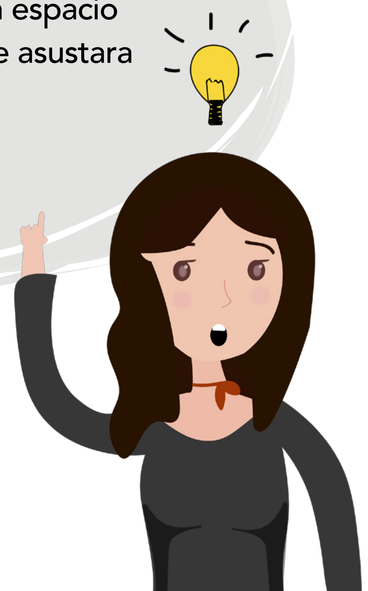
De pronto cesó la lluvia, y mi padre aligeró la marcha. Poco a poco se fueron extrañamente perdiendo las luces del bus. Llegamos al pueblo siguiente, unos cincuenta kilómetros desde el sitio del percance, paramos en la plaza principal y esperamos.

—Bien, ya deben llegar. Esperamos varios minutos.
—Caramba, no llegan, pero qué pasó —insistía preocupado mi padre.
Nos devolvimos no sin antes preguntar si había algún desvío. Ninguno de los habitantes nos respondió; parecía como si se los hubiera tragado la tierra. —Papá, ¿qué hacemos? —Preguntamos en coro.
—¡Vámonos ya!
Pasamos por el pueblo preguntando si habían visto llegar un bus repleto de gente. Pero no nos respondieron. Y, entonces, mi padre, transfigurado por la impresión beatífica de los acontecimientos, elevando la mirada al cielo con lágrimas de júbilo, exclamó:
—Hijos, demos gracias, fueron las benditas Ánimas del Purgatorio que nos han rescatado.

Y seguimos sin parar hasta La Victoria, la estancia de mis abuelos paternos, dormimos durante todo el trayecto. Mi padre, firme, casi sin parpadear y con la energía renovada que a partir de los sucesos le avivó los bríos, y en un aire de paz interior en cada uno de nosotros, parecía flotar en la inmensidad de un milagro.

A veces nuestro miedo se encuentra relacionado con un lugar.

¿Recuerdas algún espacio que te asuste o te asustara en el pasado?



EJERCICIOS
creativos

A continuación encontrarás tres actividades para ejercitar tu creatividad, elige la que más te guste

ejercicio 1

Habitualmente no recordamos nuestros sueños... pero algunos quedan grabados en nuestra memoria. **Cuéntanos** la historia de un sueño o una pesadilla que no puedas olvidar.

ejercicio 2

Muchos de nuestros temores nacen durante nuestra infancia a causa de hechos que dejan huella en nosotros. **Compártenos** uno de ellos.

ejercicio 3

Cuenta en tus propias palabras un mito o leyenda que sea tradicional en tu pueblo o región; deja tu imaginación volar, no tienes que ser fiel a la historia como la conoces.

CAJA DE HERRAMIENTAS

Aquí encontrarás cuentos y videos que refuercen la semana

Cuento 1
En el cuarto oscuro
Por Celso Emiro Montoya
HyM3
leer

Cuento 2
El tesoro
Por Luís Fernando Betancur
HyM3
leer

Cuento 3
Viaje inesperado
Por Beatriz Eugenia Camacho
HyM4
leer

Cuento 4
El hallazgo
Por Aldo Fernando Forero
HyM4
leer

Cuento 5
Historias de mi pueblo II
Por Rafael Martínez Romero
HyM6
leer

Cuento 6
Las momias
Por Rosa María Arroyave
HyM3
leer

Cuento 7
El huesito de la risa
Por Pedro Villamizar
HyM4
ver

Cuento 8
La Guaymitera
Por Santa Santos (contado en Ticuna)
HyM6
ver

Cuento 9
El gigante de San Pedro
Por José David Pérez
HyM6
ver

Cuento 10
A la luz de la luna
Por Luz Helena Orozco
HyM3
ver

CAJA DE HERRAMIENTAS

Aquí encontrarás radiocuentos y relatos sonoros en formato pódcast de participantes de las tres primeras versiones de la Escuela Yo Mayor que te ayudarán a inspirarte. Ponte tus audífonos o súbele el volumen a tu computador.

Pódcast 1

Nuestros mitos y espantos

(2020)

escuchar

Pódcast 2

Relatos de miedo y espantos

(2021)

escuchar

Pódcast 3

Los mitos y espantos de nuestra época

(2022)

escuchar

Radiocuento

Los limosneritos de Ventaquemada, de Bárbara Porras de Torres

escuchar

Comparte tu historia en redes sociales
con el hashtag

#ElMitoQueCreí
##RelatosQueConectan

www.yomayor.co

/HistoriasenYoMayor @hyomayor @historiasenyomayor

escuela virtual
HISTORIAS EN
YO MAYOR

Organizan

Fundación Saldarriaga Concha

Fundación Fahrenheit 451

En alianza con

EL TIEMPO